Integrando los niveles de la comunicación contra-hegemónica

John Downing, Director, Global Media Research Center, Universidad de Illinois del Sur

Guión para el workshop "Medios comunitarios, movimientos sociales y redes", organizado por la Cátedra UNESCO de Comunicación InCom-UAB. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona, 18/03/2010.

Síntesis

Para los grupos militantes y las comunidades y los movimientos sociales, ¿cuál es la relación -y cuál sería la más productiva-, entre cuatro terrenos de los medios de comunicación: (1) los medios comerciales; (2) los medios 'comunitarios'; (3) los medios conectados a la red; (4) el arte público (teatro callejero, la canción política-satírica, los murales, los graffiti)?

Discutiremos ejemplos específicos de cada ámbito, con la ayuda de las experiencias e información de los participantes en el seminario, y de otras experiencias presentadas en las lecturas de pdf.

El texto de **Sarah Berger** nos provee con dos cuestiones. Una: la diferencia entre las posibilidades *y los problemas* de la movilización usando las TICs hoy, y las tácticas anteriores – y sus combinaciones. Otra: los roles mediáticos que pueden jugar dentro de los movimientos sociales -incluidos los de más de 35 años, aspecto que me interesa mucho. En el ejemplo del

teatro callejero sudafricano que vamos a considerar un poco más tarde, el conflicto generacional tenía muchas dimensiones negativas, y dado que no era un conflicto de clases o étnico o aún de género, faltaba el vocabulario político suficiente para analizarlo.

El ensayo de **Martin Shaw** se concentra en el problema de la militancia contra la Guerra y estratégias para influir los medios de información comerciales. Dada la situación en Afganistán, en Irán, en Palestina e Israel, en Pakistán, la belicosidad estadounidense, la militarización masiva en China y en India, esta cuestión es de la más alta importancia.

Shaw propone que los medios de información comerciales son fundamentales para desarrollar un movimiento social grande, y que, incluso, los militantes son capaces de detectar 'entre líneas' la cobertura negativa de estos medios. Observa el siguiente ciclo: manifestación-cobertura-mayor manifestación -mayor cobertura -manifestación aún más grande. Pero también insiste en únala eficacia de las campañas de movilización, por ejemplo contra la guerra, y que éstas no deben abandonarse.

Como ejemplos toma el movimiento antinuclear de los años ochenta, y el movimiento de 2002-2003 contra la invasión de Irak. Shaw considera que la sostenibilidad de esos movimientos fue débil: a pesar de su gran

tamaño, en ambos casos ni uno ni otro no podían cambiar la política de los gobiernos. Eso era, dice Shaw, porque no tenían una respuesta clara y unificada a la crítica que el Bloque soviético, con sus abusos bién conocidos de los derechos humanos de sus propios ciudadanos, constituía una amenaza a la paz y bienestar mundial si fuera la única superpotencia con armas nucleares; o, veinte años más tarde, el movimiento no tenía una respuesta clara y unificada a la crítica que el régimen de Saddam constituía una amenaza a los kurdos, a sus paises vecinos (Irán y Kuwait), a los ciudadanos de Israel, y a la grande mayoría de los iraquís. Sólo tenían la consigna "¡No a la guerra!"

Así pues, a pesar de su éxito de tamaño, hubo fracaso de resultados.

Yo no estoy de acuerdo con el análisis de Shaw en sus caracterizaciones, o del fracaso de los movimientos antinucleares, o de la necesidad de intervenir contra regímenes como él de Saddam. A pesar de eso, es en mi opinión, la relación entre la oposición pura – ¡*No* a la Guerra! – ¡*No* a los arsenales nucleares! – y una política integral no debe monopolizarse por los partidos políticos convencionales. El desafío pues para los movimientos y sus medios, y sus estrategias mediáticas en la esfera corporativa, es como combinar efectivamente los dos niveles de la práctica.

Nancy Snow ofrece algunos consejos prácticos a militantes de su propia experiencia de negociar – no siempre con éxito – con los medios de información corporativos. Dice que hay de trabajar con todos medios de información; hay de pensar muy concretamente el objetivo, de quién deba ser el lector, la audiencia; no hay que sermonear, sino utilizar las convicciones éticas ya tenidas; hay de acceder a la mente por el corazón; conocer a los periodistas que cubren temas próximos a las prioridades del movimiento y entender sus espacios de maniobra; y hay que no confundir a los periodistas con sus jefes y sus dueños corporativos.

El capítulo de **Belinda Bozzoli** sobre el teatro callejero en África del Sur nos presenta dos problemas, pero de tipo diferente.

Uno es que la escritora describe grandes exequias políticas, una forma de teatro callejero diferente de, por ejemplo, el teatro callejero de un Augusto Boal, que es organizado por un grupo militante para concienciar a los transeúntes y que tiene guiones más o menos ya desarrollados de forma dramática.

El teatro callejero del pueblo Alexandra, era organizado por la mayor parte de los mismos habitantes, sin director específico, y tenía unos aspectos de un ritual secular, sin ninguna sorpresa o desenlace, aunque contenía elementos de emoción muy fuerte y de tensión casi insoportable. La mayoría

de las víctimas eran jóvenes y casi todas padecieron en combate con el sistema de clase y racismo que era el *apartheid*. Sus muertes no eran tragedias de la vida cotidiana. Y formaron una dimensión crucial de la 'Guerra de los Seis Días' de febrero de 1986, en la que la gente de "Alex" peleaba ferozmente 24 horas por día contra las fuerzas de orden racista, en una explosión masiva de furia.

Regresaremos en un momento a los detalles de este teatro callejero, pero necesitamos en primer lugar dirigirnos al segundo problema: el contexto sudafricano, que frecuentemente se conoce en sus líneas generales, pero de vez en cuando se disuelve en un binarismo heroico de racistas blancos y militantes de color. Le ventaja del análisis de Belinda Belozzi es que nunca simplifica la situación política sudafricana de manera maniquea – ¡un antiracismo racista! - aunque su hostilidad al régimen de *apartheid* es siempre evidente. Pero para entender mejor el contexto, hay de enumerar unos de sus elementos más relevantes.

Uno: el sistema de apartheid era concebido como una máquina combinada y muy detallada de labor de color de buen mercado, y de disposición de esta fuerza laboral en áreas geográficas específicas, con fronteras rigorosamente controladas por la policia. Los obreros tenían que viajar a su trabajo de sus áreas seis días por semana, frecuentemente

dos/tres horas en cada dirección – una política concebida para reducirles a una simple fuerza laboral y no más. El sistema fue fundado en principio durante el imperio británico, pero después de 1948 el nuevo gobierno, votado solo por el electorado blanco, mayoritariamente de origen holandés (los Afrikaners), lo desarrolló hasta el detalle. Esto exigía un brutal estado policial.

Dos: en 1986, el periodo de la investigación, la resistencia se constituía en cuatro partes. El ANC (o CNA, Congreso Nacional Africano, ahora el gobierno, y de su fundación en 1911 una organización no-'racial') tenía a cuadros clandestinos dentro del país, pero sus lideres y reclutas tenían que vivir en otros países africanos lejos de la frontera sudafricana. Había también una minoría creciente de blancos que quería ver cambio profundo en el país, pero no tiene nada que ver con nuestro tema aquí.

En las áreas permitidas a los sudafricanos negros se hallaba la mayoría de los resistentes, pero constituida de una generación más vieja viviendo en tensión frecuentemente aguda con una generación más joven. La primera había sobrevivido las confrontaciones letales de 1976 y 1983, pero había perdido esperanza en la derrota del sistema *apartheid*, demasiado fuerte dado el apoyo militar, comercial y diplomático de los Poderes capitalistas. La generación más vieja consideraba que la nueva generación

no poseía educación, y que no respetaba a sus padres y ancianos. La segunda, impaciente y impetuosa, visualizando una utopia instantánea de autonomía de la ciudad dentro del sistema de *apartheid*, consideraba a la generación más vieja como a personas que habían fracasado, que no tenían el empeño necesario. Frecuentemente había miedo y desdén entre las dos generaciones.

Y otro punto importante: en la segunda generación había mucho más hombres militantes que mujeres, más jóvenes que sus hermanos. La dinámica del género jugaba un papel importante en el escenario, y no solo en este modo. Se desarrollaron también tribunales populares, organizados por los jóvenes, para punir la violencia cotidiana doméstica y callejera y para evitar tener que recurrir a la policía negra local, frecuentemente muy corrupta y brutal. Inicialmente estos tribunales eran fuertemente apoyados de las mujeres de la generación más vieja, hasta que unos tribunales empezaron funcionar tan irresponsablemente en su propio modo que los tribunales del sistema *apartheid*.

Las exequias políticas ya eran un ritual dentro de “Alex” y de pueblos similares, pero en los días después de la “Guerra de los Seis Días” atrajeron una participación enorme de la población de la primera ciudad. Había canciones populares, banderas, poesía, consignas, discursos de líderes

nacionales de oposición (como Obispo Desmond Tutu), símbolos del prohibido Congreso Nacional Africano, el baile *toyi-toyi*, y también vigilias durante la noche antes de las exequias, y un ritual tradicional de lavar las manos después del enterramiento. Las exequias se hicieron en el grande estadio de la "Alex" con 45,000 participantes. En las más grandes, había una fila de féretros, como cruces en un cementerio militar, símbolos de la lucha nacional.

La organización de este teatro popular tenía al menos tres componentes sociales. Por un lado, las autoridades, que insistían en no incluir a los oradores simpatizantes con el Congreso Nacional Africano, que no hubiera televisión o radio, y de vez en cuando trataban de reducir el número de féretros. También había los líderes auténticos de la comunidad, que querían ceremonias y discursos apasionados pero disciplinados. Y la juventud, frecuentemente impaciente con llamamientos a la calma y muy desconfiada de los líderes.

Creo que todos estos elementos y dimensiones del teatro popular de las exequias políticas en la "Alex" de esos años sean no simplemente apasionantes, sino muy importantes como indicadores de la ***complejidad normal*** de los movimientos sociales y especialmente de sus medios de comunicación y expresión. También este caso introduce la problemática de

resultados y éxitos inmediatos, de la urgencia que se necesita ahora mismo, y las necesidades prácticas y psicológicas de una lucha de larga duración. ¿Qué papeles tienen 'nuestros' medios de comunicación en tales conflictos entre el presente y el futuro? ¿Y como descubrir y actualizar los temas simbólicos de gran resonancia que existirán más allá del presente? Me imagino que la experiencia histórica de Catalunya nos ofrece muchos ejemplos.

El capítulo de **Patrick Burkart** nos lleva en otra dirección, hasta la esfera de la ciberlibertad y el desafío a la Gestión de Derechos Digitales (GDD/DRM – 'digital rights management') en los asuntos de la música. El utiliza el concepto de "la colonización del mundo de la vida" [*Kolonizierung der Lebenswelt/colonization of the lifeworld*] del autor alemán Jürgen Habermas para caracterizar el dominio siempre creciente de los poderes corporativos y del Estado sobre nuestras vidas cotidianas y comunitarias. Él también se refiere a la frase "la Rocola Celestial" que acuñó junto a Thomas McCourt para designar el sistema de control jurídico sobre el acceso digital libre a la comunicación musical que las cuatro empresas más grandes de esta esfera, con un 72-87% del mercado global – Sony-BMG, Vivendi-Universal, Warner, EMI - están introduciendo hace diez años, tratando de bloquear el intercambio individual de archivos y de destruir el lugar de la música como

parte integral de la esfera cultural común/de los bienes comunes (en inglés "the commons").

Burkart específica cuatro tipos de resistencia a este ciberdominio que está siempre extendiéndose: los militantes de los medios de comunicación alternativos; los miltantes de los medios de comunicación radicales; los que 'zapan' e interfieren en la cultura (en inglés "culture jammers", en francés, los que "détournent" los símbolos culturales establecidos, como en la publicidad); y los ciberactivistas que manipulan los códigos digitales para trastornar los sistemas establecidos por el Estado o por las empresas (en inglés, "hacktivists", una combinación de "hacker"/piráta informático y "activist"/militante). Burkart ofrece numerosos ejemplos, pero su distinción entre "alternativo" y "radical" es entre los que presionan al gobierno y/o al sector corporativo para abrir y liberar el acceso a los bienes culturales y a la voz, y los que organizan tipos diferentes de medios de comunicación autónomos, contra-hegemónicos, horizontales.

Creo que estos análisis e ideas nos proveen con suficientes materiales para reflexionar conjunt@s sobre las cuestiones mediáticas que nos conciernen.